

LOS JUDIOS SECRETOS (1)

DESDE el siglo IV el cristianismo asume una postura violenta; se considera en posesión exclusiva de la verdad, por eso interpreta como obligación el ganar prosélitos. Con respecto a los judíos, en la mayoría de los casos la conversión es impuesta por la fuerza, con lo que, lógicamente, no puede ser sincera. En secreto, siguen practicando su religión y esta fe clandestina se transmite de generación en generación.

La nación clásica del cripto-judaísmo es España. Desde la época romana se sabe de comunidades judías en la península. La invasión de los bárbaros en el siglo V mejora su situación que luego vuelve a ser difícil (casi imposible). La edad de oro coincide con el dominio árabe, tolerante con las comunidades más numerosas, cultas y ricas del mundo. Pero esa comprensión se pierde con la llegada de los almorávides, a principios del siglo XII. Numerosos judíos son asesinados, otros se convierten externamente al Islam y el resto escapa hacia los reinos cristianos del norte.

Los guerreros de la Reconquista, inicialmente no distinguen entre árabes y judíos; con la conquista de un lugar pasan a toda la población a cuchillo. Cuando decrece el fanatismo, buscan el apoyo de la minoría judía, pero a partir de la total expulsión de los musulmanes vuelven a perseguirla porque ya no la necesitan. En pocos años se queman y saquean las más importantes juderías de España. «En la historia de los judíos no fue nada nuevo una ola de matanzas como la descrita. Algo parecido había tenido lugar en Renania durante la época de la Peste Negra. Pero las consecuencias fueron únicas en esta ocasión. En todos aquellos países, sólo un débil residuo aceptó el bautismo como alternativa de la muerte... Cualquiera que fuese la razón, grandes grupos de judíos en toda la Península aceptaron el bau-

tismo en *masse* a fin de escapar a la muerte» (págs. 24-25). El total de conversos en Castilla y Aragón se estima en la exagerada suma de 200.000. Esta situación es excepcional en toda la historia judía.

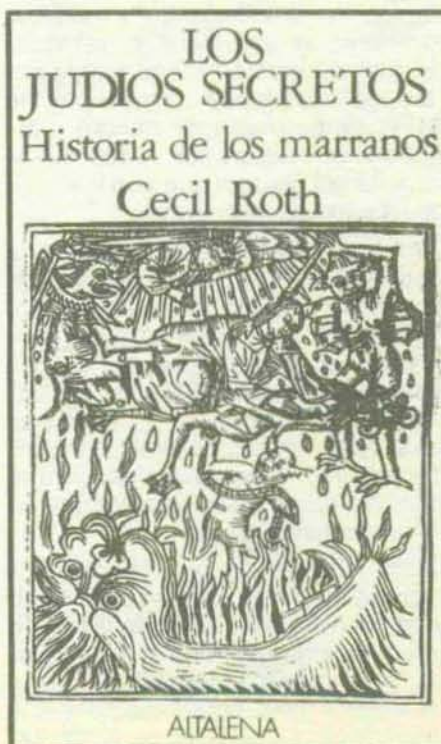
Los conversos invaden la administración, el ejército, las universidades, el derecho, la propia Iglesia. En pocas generaciones se emparentan con todas las familias nobles de los reinos aragoneses y castellanos. Se los designa con distintos nombres, por lo común «nuevos cristianos» o «marranos», tal vez porque los primitivos preceptos religiosos prohíben comer carne de cerdo.

Con el paso de los años se ve que los conversos, en lugar de resolver el problema religioso, lo agravan. En vez de judíos marginados y fáciles de localizar, ahora hay multitud de nuevos cristianos en todos los estratos sociales. «El bautismo había hecho poco más que convertir a una considerable proporción de judíos, de infieles fuera de la Iglesia, en herejes dentro de ella» (pág. 34). Las grandes riquezas acumuladas también provocan profunda envidia. En este contexto trabaja la Inquisición. El 1 de noviembre de 1478 una Bula otorga poder a los Reyes Católicos para implantarla.

En 1492, los reyes de España expulsan a los judíos, que se dispersan por todo el Mediterráneo, aunque el mayor número se asienta en Portugal. Nuevas condiciones adversas logran una conversión general, sin paralelo por su amplitud y su violencia. Los judíos de convicciones más firmes, que habían conservado su religión en España, se ven obligados a renegar de ella en Portugal. El Santo Oficio se instala en este país, después del casamiento de su rey Juan III con Catalina, nieta de Isabel y Fernando.

Cuando se implanta la Inquisición portuguesa, la primera generación de conversos a la fuerza ya ha muerto. Como en España, crecen nuevas generaciones educadas en el cristianismo y completamente asimiladas en su aspecto exterior. No obstante continúan siendo marginadas. Se establece una rígida división entre «viejos» y «nuevos» cristianos. Se los distingue de tal manera que deben casarse entre sí. A los hijos de los matrimonios mixtos se los llama «medio nuevos cristianos»; si el converso es el abuelo, «cuarto nuevo cristiano», y así hasta «una parte nuevo cristiano». Una de las funciones de la Inquisición es la de extender certificados que acreditan la condición de «cristianos viejos» a los que no se les encuentra antecedentes judíos ni árabes. Esta condición es requisito necesario para entrar en las facultades, el ejército, el Santo Oficio, etcétera.

A pesar de todo, los nuevos cristianos aparecen en todos los niveles sociales, tanto en España como en Portugal. Su riqueza sigue en aumento y según sus propias palabras, en el siglo XVII llega a 80.000.000 ducados. Monopolizan el comercio porque les pertenecen las más importantes firmas bancarias. Nombres importantes destacan en política y literatura, en matemáticas e historia, así como en medicina y farmacia. «En el transcurso de ocho años, desde 1619 a 1627, entre las 231 personas condenadas a aparecer en los autos celebrados en Portugal, había quince doctores universitarios, dos de ellos catedráticos; otros once graduados; veinte abogados y otros tantos médicos y notarios; y, sobre todo, cuarenta y cuatro



monjas y quince clérigos...» (pág. 66).

Tal es la severidad con la que actúa la Inquisición que hacia mediados del siglo XVI no existen españoles judaizantes nativos. Muchos han perecido en la hoguera, otros han huido al extranjero. El resto ha sido totalmente asimilado.

En España, el Santo Oficio elabora para su propio uso una serie de manuales que con pocas variaciones se copia en Portugal. El proceso es secreto, hecho que provoca la difusión del pánico; tanto los testigos, los acusadores como el propio acusado juran guardar el secreto. Cualquier infracción a este respecto se castiga como la propia herejía. Este sistema favorece las denuncias más viles, algunas motivadas simplemente por rivalidad personal. Los gastos del encarcelamiento (casi siempre de varios años) corren a cargo de la víctima, por ello aun los absueltos se arruinan. Cuando comienza la causa, todos los bienes son confiscados; si el reo resulta culpable, pasan al Santo Oficio, «que no carecía así de ningún aliciente para pronunciar un veredicto de culpabilidad» (pág. 84). La base del proceso consiste en lograr que el acusado reconozca sus crímenes; después de su arrepentimiento se lo admite como penitente. No importa que el cuerpo sufra, ya que hay que salvar el alma. Ni siquiera el embarazo es causa suficiente para la supresión de este método. En estas condiciones es fácil deducir que las declaraciones de culpabilidad son muchas. Las penas se jerarquizan desde la hoguera hasta el pago de multas, pasando por flagelaciones en público u otras humillaciones. Pero no sólo se castiga al individuo; una serie de prohibiciones caen sobre su familia durante varias generaciones. Quedan excluidos de todos los cargos públicos y religiosos, deben vestir de cierta manera y no montar a caballo. Si la descendencia olvida esta pena, cae otra vez en las garras inquisitoriales.

De todas las víctimas del Santo Oficio, pocas son las que llegan a la pira confesando su judaísmo. La lista de los «culpables» es colocada en las iglesias para permanente humillación de sus herederos. Estos recordatorios desaparecen a comienzos del siglo XIX, cuando la Inquisición es abolida. «Durante el curso de los siglos XVI y XVII el auto llegó a considerarse en la Península y sus dependencias como un gran espectáculo público que rivalizaba en atractivo para el pueblo con las corridas de toros» (pág. 98).

Amador de los Ríos estima que hasta 1525 en España el número de los quemados en persona es de 28.540; los quemados en efígie, 16.520; y el de los penitentes, 303.847, lo que hace un total de 348.907. Similares cifras se dan para Portugal. «Las víctimas de la Inquisición fueron reclutadas en todas las veredas de la vida y en todos los sectores de la sociedad, desde los más elevados a los más bajos. Hubo entre ellos sacerdotes y nobles, poetas y hombres de Estado, monjes y frailes, recaudadores de contribuciones, mendigos, comerciantes, artesanos, pasteleros, buhoneros, escribanos, procuradores, libreros, profesores, estudiantes universitarios, mujeres inculdas, niños recién salidos de la escuela, ancianos con un pie en la sepultura, caballeros de las distintas órdenes militares, aristócratas emparentados con las más nobles familias del país» (pág. 105).

Las ideas populares de un judaísmo clandestino, totalmente apartado del mundo exterior pero estrictamente fiel a sus creencias y a sus ritos, es falsa. Sin instrucción, aislados y perseguidos, les es imposible sostener la riqueza de sus tradiciones. Hasta el siglo XVI la fuerza del judaísmo se mantiene potente, si bien el ritual se restringe por miedo. Después, esta lealtad se hace excepcional aunque algo persiste.

El centro del comercio mundial en el siglo XVII se traslada de la Europa meridional a la septentrional, gracias a la intolerancia religiosa. También para la propia comunidad son importantes los marranos pues resultan precursores de la literatura vernácula, los primeros en abandonar la tradicional vestimenta y en adoptar en la sinagoga reglas de decoro y armonía. Se puede decir de los marranos de la Diáspora que son los «primeros judíos modernos».

Los conversos que escapan de la Inquisición se esparcen por todo el mundo y vuelven al judaísmo. Por eso aun hoy se encuentran comunidades españolas o portuguesas en los sitios más apartados. Su radicación da prosperidad a muchos países. Gran número de familias importantes son internacionales porque sus miembros están establecidos en distintas naciones.

Libro clásico de lectura obligada porque un pueblo que no conoce su historia no puede asumirla y mucho menos corregirla hacia el futuro. España es cristiana, pero también musulmana y judía, característica que la enriquece. Cecil Roth es el primer

historiador que divulga desde una postura ampliamente documentada y auténticamente objetiva los aspectos más crueles de este drama que va más allá de lo religioso. ■ MARIA VICTORIA REYZABAL.

**«Si mi pluma
valiera tu pistola»**

LA GUERRA CIVIL, COM- PENDIO Y SUMA DE INIQUIDADES

A PARTE de su dilatada labor como novelista, biógrafo, historiador y ensayista, Fernando Díaz-Plaja ha recopilado a fuerza de años de búsqueda y hallazgos en archivos, bibliotecas, publicaciones especializadas y periódicos, una copiosa e interesante documentación que ha dado a luz en ocho volúmenes distintos agrupados bajo el título genérico de **La Historia de España en sus documentos**. Se trata de una valiosa serie en que recoge centenares de documentos capitales, ignorados o simplemente curiosos, de épocas muy diversas de la vida pública española, esencialmente del medio siglo largo transcurrido desde la instauración de la Dictadura del general Primo de Rivera hasta el momento actual, pasando por la Segunda República, la guerra civil y el franquismo. A este trabajo, cuya importancia desde el punto de vista de divulgación histórica merece los más cálidos elogios, ha sumado últimamente otra antología de diferente sentido y orientación en la que, editados bajo el título intencionado de **Si mi pluma vales tu pistola**, recoge textualmente doscientos setenta artículos, ensayos y crónicas de ciento veintidós escritores españoles publicados entre 1936 y 1939. Casi iguales en extensión los trabajos aparecidos en una y otra zona, existe una ligera diferencia en el número de autores: sesenta y cinco franquistas frente a cincuenta y siete republicanos.

Apasionante, curiosa y en algunos